

siglo de cada uno. San Cipriano, especialmente, compare al sol
la sede romana, de que las otras Iglesias no son más que rayos,
que una vez separados del globo son incapaces de producir luz.
Oh si lo hubiera comprendido Carlos III de España! Oh si lo
hubieran olvidado sus súbditos de ambos mundos! Oh si lo
hubieran en la memoria el cetro de Méjico independiente!

El punto de los ministros de aquel rey y sus asesores, de
hacer del cetro regular y acortar y del pueblo de España una
gloria casi independiente de la de Roma, fue el principio de la
relaxación que por sucesos cuerdos luego entre los ministros
del señor, especialmente en las Américas, en que la segregación
era más completa. No llegó, por fortuna, al grado del cisma de
Occidente o la heresia del Norte; ni aun siquiera se acercó al
galicismo de nuestra memoria. Pero todo el que tiene a sepa-
rarse del centro de la Unión se pierde a sí mismo con constante
cero, aunque no lleve a darse la muerte.

Las naciones europeas han apartado, con excepción quizá de
Portugal, sus antiguas tendencias a la separación del centro; y
especialmente en Francia, y en Bélgica, y en otros países, vemos
que el cetro adopta no sólo las formas de Roma en toda su pu-
reza, sino aun las ceremonias, la forma de las vestiduras sagra-
das, la severa sencillez de sus trajes. La inoperancia e inútil
comunicación con la Curia Romana que han proporcionado a la ma-
yor parte de nuestros Obispos, y muchos de nuestros más ilustres
sacerdotes, las revoluciones de nuestra patria, han estrechado
más el vínculo, ya algo flojo, que nos liga con la silla de Pe-
dro. Oh, no dejemos que otra vez se afloje! El asombrarnos, el
IDENTIFICARNOS con Roma en el hogar, en la disciplina, en los ri-
tos, en los paramentos, en el vestido, en las costumbres, sea
nuestra constante aspiración. Ya vemos el camino a que conduce
la tendencia contraria. Que no pueda decir otro poeta, hablando
de la época presente:

"Lejos el cetro de la luz de Roma."

El libro segundo se intitula "Maximiliano" y lo componen cin-
uenta y seis octavas. Su asunto es la entrada del Archiduque, co-
mo Emperador, en la Capital de Méjico, y su acción no abraza más
que pocas horas del día en que se verificó. Empieza con la des-
cripción de la Ciudad, ataviada como estaba ese día para recibir
a la noble pareja que aclamaba por sus soberanos: he aquí la pri-
mera estancia que nos parece bastante poética:

"Tibio, rosado, diáfano, sereno,
Daba su limpia luz a una mañana
Un sol primaveral. De vida lleno,
Méjico respiraba el aura sana
Que le traía en su ondulante seno
El aroma vital de la cercana
Sierra cedrosa, y los perfumes vagos,
Del agua azul de los salobres lagos."

Las octavas que siguen son fluídas y en su mayor parte sonoras,
pero les falta, en nuestro concepto, poesía. En una novela ordi-
naria formarían una excelente descripción; pero no tienen el to-
no elevado que requiere un poema. Hágase, si no, la experiencian-
de quitar la rima y descomponer las estancias, y se transforma-
rán en un prosaico capítulo de novela.

Más conforme con el estilo elevado, que, a nuestro modo de
ver, debiera reinar en todo el DRAMA DEL ALMA, desde el princi-
pio hasta el fin, es la pintura que hace de "la simpática Carlot-
ta" y de su augusto esposo.

"Cortés, sencillo, natural, sereno,
Maximiliano avanza. Su figura
Noble y característica, en el pleno
Período juvenil, más que hermosura
Rebosa estilo y dignidad: ajeno
De altivez imperial, su fe segura
Revela en el cortés Maximiliano
Más el hombre leal que el soberano."

El cuadro que ofrece la imperial comitiva recorriendo la ciudad-
bajo una lluvia "de oro, y esencias y de flores," abunda en ras-
gos poéticos. Algo alambicado nos parece el pensamiento que dice

El libro segundo se intituló "Maximiliano" y lo componen die-
siete y seis octavas. En asunto es la entrada del Archiduque
en la Ciudad de México, y su sesión en el palacio de
los virreyes, en la que se verificó. Empieza con la des-
cripción de la Ciudad, está dividida como esta en die-
siete partes que se refieren por sus estrofas: he aquí la pri-
mera estrofa que nos parece bastante poética:

"Típico, rosado, bláncos, sereno,
Dada su limpia luz una mañana
Un sol primavera. De vida lleno,
Méjico respira el aura sana
Que le trae en su ondulado seno
El aroma vital de la cerama
Sierra cedosa, y los perlados vapores
Del agua azul de los salinos lagos."

Las octavas que siguen son lindas y en su mayor parte sonoras,
pero las faltas, en nuestro concepto, poéticas. En una novela ordi-
naria formarían una excelente descripción; pero no tienen el ta-
lento que requiere un poema. Hácese, al fin, la experiencia
de quitar la rima y descomponer las estrofas, y se transforma
en un prosaico capítulo de novela.

Más conforme con el estilo elevado, que a nuestro modo de
ver, debería reinar en todo el DRAMA DEL ALMA, desde el prólogo
hasta el fin, es la pintura que hace de "la simpática Car-
lota" y de su augusto esposo.

"Cortés, sencillez, natural, sereno,
Maximiliano avanza. Su figura
Noble y característica, en el plano
Perfundo juvenil, más que hermosa
Reposa estilo y dignidad: ajeno
De altivez imperial, su fe segura
Revela en el cortez Maximiliano
Más el hombre fiel que el soberano."

El cuadro que ofrece la imperial comitiva recorriendo la ciudad
bajo una lluvia "de oro, y esencias y de flores", abunda en res-
tos poéticos. Algo ampliado nos parece el pensamiento que dice

el poeta que le sugirió el color rojo de las libreas de la servi-
dumbre y del uniforme de la guardia palatina, haciéndole ver "co-
mo una cauda sangrienta del manto de los dos Emperadores." La li-
brea tenía también los otros dos colores nacionales, el verde y
el blanco. Cómo no le pareció ver simbolizada la esperanza? La
guardia palatina usaba yelmos de plata con el águila mejicana -
por cimera, con alas extendidas, y en actitud de volar, cual rei-
na y señora de los vientos. Reflejando sus doradas plumas el sol
brillante de Méjico, es más probable que su fulgor haya herido -
los ojos del poeta, que no los VISOS ROJOS del jubón. El águila-
imperial, sobreponiéndose a todos sus enemigos, y humillándose só-
lo ante el soberano; despreciando las águilas francesas y eleván-
dose del suelo, teñido antes en sangre, hubiera sido quizá un -
pensamiento más poético, más natural, más bello, más fácil de o-
currir en aquellos momentos. A decir verdad, no creemos que si-
quiera un instante haya abrigado Zorrilla aquella tarde la idea
que nos cuenta, si es que en realidad se halló presente a la en-
trada del príncipe austriaco.

La última octava es muy hermosa, y estamos seguros que al le-
erla no habrá un corazón que no se conmueva profundamente.

"Vuelve a tu limpia Bélgica, Carlota:
Torna a tu Miramar, Maximiliano:
Llanto y sangre no más es lo que brota
Y espinas de oro el suelo mejicano.
De Austria y de Moctezuma os da ya rota
La corona imperial traidora mano.
Ay del que por malicia o ignorancia
Os trae aquí bajo el pendón de Francia!"

Ay! No fueron siquiera de oro las espinas que Méjico produjo--
al infortunado Archiduque!

el poeta que le sugirió el color rojo de las fajas de la serpiente
y del uniforme de la guardia palatina, haciéndole ver "el
no una causa semejante del manto de los dos Emperadores". La
presencia también los otros dos colores nacionales, el verde y
el blanco. Como no le parecían ver simbolizada la esperanza?
guardia palatina nada volaba de plata con el águila mejicana
por encima, con alas extendidas, y en actitud de volar, cual ven
na y señora de los vientos. Reflejando sus doradas plumas el sol
brillante de Méjico, es más probable que en lugar haya partido
los ojos del poeta, que no los VIBOS ROJOS del júbilo. El águila
imperial, sorprendiéndose a todos sus enemigos, y humillándose
lo ante el soberano; despreciando las escuelas francesas y elevan
dose del suelo, tendido antes en sangre, hubiera sido para un
pensamiento más poético, más natural, más bello, más fácil de
evocar en aquellos momentos. A decir verdad, no creemos que si
fuera un instante haya surgido águila alguna sobre la idea
que nos cuenta, si es que en realidad se halló presente a la en
trada del príncipe austriaco.

La última octava es muy hermosa, y estamos seguros que si se
era no habrá un corazón que no se conmueva profundamente.

"Vuelve a tu limpia Bélgica, Carlota;
Torna a tu Miramar, Maximiliano;
Llanto y sangre no más es lo que brota
Y espigas de oro el suelo mejicano.
De Austria y de México os da ya roza
La corona imperial traidora mano.
Ay del que por malicia o ignorancia
Os trae aquí bajo el pendón de Francia!"

¡Ay! No fueron aliteras de oro las espigas que Méjico produjo
alfortunado Archiduque!

V
Hasta aquí nos ha dicho el poeta algo de sí mismo, y algo de
Méjico. De Maximiliano nos ha dado únicamente la descripción de
su persona y la noticia de su entrada a la Capital de su imperio.
En el libro tercero nos dará sin duda la historia de su reinado,
y responderá naturalmente a los largos preludios que acabamos
de escuchar.

Con estas esperanzas, y ansiedad creciente, pasamos los ojos -
por la la. octava, y vemos que, en efecto, empieza desde luego a
tratar de los nuevos soberanos que

"No se harta n de gozar la luz del cielo
Ni de aspirar el aromado ambiente"
Las danzas, los jinetes, los...

de su nueva patria. Nos describe en seguida minuciosamente el
hermoso panorama que se descubre

"Desde el alcázar del antiguo Azteca,
Chapultepec, donde el Austriaco mora,"

y después de hablarnos algo de esta QUINTA DE LOS VIRREYES, nos
dice:

"Con qué expansión de cándida alegría
El espléndido valle mejicano
Sale a admirar al despuntar el día
Desde Chapultepec Maximiliano!
Con qué infantil ingenuidad envía
Al vecino volcán, como a un hermano
(De inocente placer cándido exceso)
Un saludo cordial.... tal vez un beso!"

y continúa narrando, hasta la octava 18a. las bellezas DE ESTE -
EDEN.

Sin duda que ese arranque de infantil entusiasmo, ese BESO a-
rrojado por el rubio Hapsburgo al nevado Popocatepetl, tendría -
lugar la mañana siguiente al día de su entrada en Méjico. Sin du
da que sería el primer saludo a ese país encantador que aspiraba

Hasta aquí nos ha dicho el poeta algo de sí mismo, y algo de México. De Maximiliano nos ha dado únicamente la descripción de su persona y la noticia de su entrada a la Capital de su imperio. En el libro tercero nos dará sin duda la historia de su reinado, y correspondará naturalmente a los largos preludios que acabamos de escuchar.

Con estas esperanzas y ansiedad crecientes, pasamos los ojos por la 1a. octava, y vemos que, en efecto, empieza desde luego a tratar de los nuevos soberanos que

"No se trata de coronar la luz del cielo
Ni de aspirar el aromado ambiente"

de su nueva patria. Nos describe en seguida minuciosamente el hermoso panorama que se describe

"Desde el altar del antiguo Azteca,
Chapultepec, donde el Anáhuac mora."

y después de habernos algo de esta QUINTA DE LOS VIRREYES, nos dice:

"Con qué expansión de cándida alegría
El espléndido valle mejicano
Sale a saludar al descendiente
Desde Chapultepec Maximiliano!
Con qué infantil ingenuidad envía
Al vecino volcán, como a un hermano
(De inocente placer cándido exeso)
Un saludo cordial... tal vez un beso!"

y continúa narrando, hasta la octava 18a. las bellezas DE ESTE EDEN.

Sin duda que ese arrebato de infantil entusiasmo, ese beso arrojado por el rubio Hapsburgo al nuevo Poptotepetl, tendrá lugar la mañana siguiente al día de su entrada en México. Sin duda que sería el primer saludo a ese país encantador que aspiraba

a reconstituir, conforme al modelo que se había forjado en su mente, cambiando sus leyes, su organización, sus costumbres, modificando un poco aun la índole de sus habitantes, y hasta su raza y religión. Sin duda que sería el último instante de reposo que se permitió el alucinado Archiduque, antes de entregarse con febril ardor a esa multitud de trabajos de todo género que lo ocuparon, como es bien sabido, desde su llegada a la Capital de nuestro país en junio de 1864. Esto es lo natural, y así como encontramos alguna poesía en esta EXPANSION DE CANDIDA ALEGRIA, atribuida a un personaje que ha emprendido celebrar el poeta, y a quien debía pintar como un modelo de perfección, aun cuando no lo fuese en realidad. Nos sorprende, por tanto, el ver al principio del libro el año de "1865" por epígrafe. Cómo! No tenía Maximiliano, en 1865, más ocupación que entretenerse en contemplar admirado

"El ranchero, la china, el indio, el pinto,
Las damas, los jinetes, los carruajes?"

Cómo! Tan pacífico estaba su imperio y tan bien organizado, que en vez de tomar con su imperial mano o la pluma para legislar, o la espada para combatir, o el cetro para gobernar, la llevaba tan solo a sus labios para enviar un beso a su HERMANO EL VOLCAN? Y cuándo precisamente fué ese ósculo de paz, tan notable en la historia de Maximiliano, que el poeta lo pone como uno de sus puntos más prominentes? Fué al principio del año? Algo más tenía entonces que hacer el consanguíneo de José II de Austria, preocupado como estaba por los asuntos religiosos, y acabando de arrojar el guante a Roma e introducirse indebidamente en el santuario. Fué a mediados del año, fué a fines? Ya las nubes que nunca desaparecieron de ese cielo azul de México, que tanto le encantaba, habían empezado a ennegrecerse, y su corazón, por frívolo que fuese, no era probable que palpitase de infantil alegría.

En vano seguimos leyendo el poema: se oscurecen nuestras ideas mientras más avanzamos, y sabemos menos acerca de Maximiliano, mientras más nos internamos en las octavas del libro tercero. En la estancia 20a. comienza a enumerar los recuerdos de la dominación española que se encuentran en México a cada paso, y cómo, a pesar de todo esto,

"Se invoca en nuestra lengua la doctrina
Monroe y del origen se reniega
Español;"

y al llegar a la 25a., afirmándose en que